

Urbanismo hostil en Barcelona: la violencia silenciosa municipal

- | **Cuando el sinhogarismo es un problema para el negocio urbano, se opta por este método para desplazar al colectivo de los puntos de interés**
- | **Dora Muhando, víctima del fenómeno: “Solo si comprenden el dolor de los sintecho podrán reflexionar”**

Hay métodos que facilitan la transformación urbana de las ciudades. Concretamente en la localidad de Barcelona, la arquitectura hostil es uno de ellos. La transformación del espacio público no es solo arquitectónica, sino también humana, porque las personas, con su imagen, forman parte de la naturaleza de los barrios y configuran el precio del suelo que se habita. Por ello, cabe considerar que existen ciertos colectivos que pueden resultar un obstáculo para la revalorización del espacio público y, por ende, privado. Entonces, es en ese momento cuando los agentes interesados intervienen con ciertas medidas para continuar con esta transformación que augura rentabilidad. Bancos individuales o con una barandilla en el medio, bolas de hormigón, pinchos en el suelo o alféizares inclinados en espacios que utilizaban los sintecho para refugiarse: esto es urbanismo hostil, y cuando este se convierte en método, la gentrificación es la consecuencia.

Cualquier ciudad está segmentada en zonas muy diferentes. Algunas más y otras menos, pero todas lo están. La gentrificación —que es el proceso mediante el cual la población originaria de una zona es progresivamente desplazada por otra de un nivel adquisitivo mayor— provoca que esos lugares en proceso de transformación tengan elementos de barrios ricos y pobres. Por ejemplo, viviendas que rozan el chabolismo junto con hoteles de lujo. Eso es un síntoma para detectar que el barrio sufre este proceso evolutivo. Y para la transformación de estos lugares con un potencial financiero concreto existen métodos que agilizan el proceso, como este fenómeno descrito.

La Fundació Arrels publica 38 puntos fotografiados de la ciudad de Barcelona con evidencias del llamado ‘urbanismo hostil’, ‘urbanismo defensivo’ o ‘arquitectura hostil’. Esta entidad asegura que los ejemplos que publican en su web “son solo unos pocos de los que hay” y que “cualquiera que se fije podrá verlos por todas partes”. El urbanismo defensivo —así como lo explican— es fácil de detectar. Si hay un elemento urbano como un pilón, una bola de hormigón o una maceta en algún lugar sin sentido, seguramente se trate de este método; si además está en un lugar que podría servir de refugio a un sintecho, seguramente lo sea, y si está localizado en alguna zona que presenta las características que Núria Benach expone a continuación, la duda debería desaparecer por completo.

Perspectivas académica y política

En respuesta a esta realidad presentada por la Fundació Arrels, Núria Benach, investigadora de la Universitat de Barcelona (UB), comenta que “algunas políticas públicas y otros agentes intentan incomodar y expulsar, así, a los sintecho, para que zonas concretas puedan convertir su imagen y aumentar su rentabilidad”. Entonces nace una

pregunta: ¿es casualidad que estos elementos se coloquen en los barrios que se hallan en este proceso de transformación, o que ya lo hayan sufrido, y en los puntos exactos donde los sintecho dormían? Frente a esta pregunta, Janet Sanz, máxima responsable de la competencia urbanística del Ajuntament de Barcelona, pese a haber podido defender políticamente la situación, responde con silencio.

Benach es profesora de Geografía Humana en la UB. Ha investigado sobre las representaciones urbanas en periodos de evolución, los discursos sobre las transformaciones urbanas y la construcción social y espacial de la diversidad, entre otros aspectos de la materia. Esta geógrafa lo tiene claro: “Estos elementos urbanos se disponen por la impulsión de ciertas políticas públicas urbanas y por los agentes privados”. Asegura que ambos actúan en estos espacios concretos, y que eso podría ser “coincidencia o bien compartiendo un objetivo”.

Esta autoridad académica remarca: “Estos cambios urbanos y, en consecuencia, sociales se dan principalmente en dos tipos de zonas: en las que ya han sido modificadas, para perpetuar la naturaleza económica del lugar, o bien en las que van a serlo, para crear expectativas de negocio”. Núria Benach señala que es importante entender que “cuando se transforma una zona alegando su rehabilitación se opta por colocar elementos del urbanismo hostil, cosa que no solo cambia el espacio físico, sino también a las personas que lo utilizan”.

Por otra parte, en cuanto a lo que el Ajuntament de Barcelona se refiere, expone: “El ayuntamiento puede explicar las cosas y decir que hace mucho cuando realmente no lo hace. Probablemente no puede cambiar las bases del sistema, pero más allá de las políticas sociales destinadas a paliar los daños colaterales de estos fenómenos... la tónica es que el negocio urbano, ahora mismo, es el gran negocio”.

La académica, en términos políticos, alega que “si no todo el mundo puede utilizar bajo las mismas condiciones este espacio... ya no es público”. Al ir ‘más allá’, sin ninguna duda asegura que “este espacio es el único que pueden utilizar los sintecho para sobrevivir” y que “quitárselo es, por supuesto, condenarlos”.

Estas declaraciones se han transformado en preguntas y se le han sido presentadas a Janet Sanz (Barcelona en Comú), teniente de alcaldía de Ecología, Urbanismo, Infraestructuras y Movilidad del Ajuntament de Barcelona. Tras varios intentos para concertar una entrevista, ha respondido (a sabiendas del tema que iba a ser tratado) con una declaración del mes de marzo de 2020 de tres minutos. Al no responder a la naturaleza de la cuestión en la grabación, ha cedido a que se le manden dos preguntas escritas, a las cuales ha contestado con otra declaración grabada de siete minutos perteneciente al mes de enero del mismo año. En ambas, Sanz, trata muy superficialmente el tema. A pesar de hacer referencias vagas y de no responder al fundamento de la temática preguntada, su gabinete de prensa ha decidido y reiterado, en dos ocasiones, que “el contenido de las grabaciones responde a las preguntas formuladas” y que se “remiten a las declaraciones”.

Voces de la sociedad civil

El urbanismo hostil deja dos tipos de víctimas a su paso: las directas y las indirectas. Las primeras son los sintecho y las segundas son aquellas que sufren las consecuencias de la gentrificación. No obstante, también cabe tener en cuenta que hay dos tipos de personas que, directa e indirectamente, salen beneficiadas de sus consecuencias. El beneficio directo, por ejemplo, se puede dar en un vecino que no está cívicamente educado para afrontar la convivencia con el sinhogarismo en el espacio público, y el beneficio indirecto, con otro ejemplo, puede darse en un arrendador con bienes inmuebles en las zonas en transformación.

Dora Muhandó nació en Buenos Aires, Argentina. Tiene 65 años y es una de los miles de afectados directos por el urbanismo hostil. Una más. Ha sido una sintecho durante más de cuatro años. Ahora, “gracias a la vida” —dice— ocupa su lugar en un albergue de inserción social. Su alcoholismo, del cual se ha alejado hace poco más de un año, le empujó a la calle y a ser víctima de la exclusión social. Habla de sentirse rechazada en una sociedad que “se aleja de lo negativo”. También expone soluciones “fáciles” —pero a su vez prácticamente imposibles— para paliar los daños de la arquitectura hostil: “Solo cuando comprendan el sufrimiento de la calle podrán reflexionar”.

Explica que la supervivencia en la calle depende del clima: “Cuando hace calorcito puedes dormir en cualquier lugar, el problema es cuando se acerca el invierno”. Muhandó expone que “cuando se acerca el otoño también lo hace la incertidumbre”, y cuando llega el invierno “encontrar un lugar seguro donde dormir es muy complicado”. “Cuando das con uno de esos lugares que te protegen tiene que convertirse en un hogar”, testimonia con sabiduría callejera.

El urbanismo hostil no es un término con el que esta señora de 65 años esté directamente familiarizada. Sin embargo, en cuanto a los sentimientos de rechazo, lo está. Lo está mucho. “El rechazo es una sensación que hace que te preguntes cosas como... ¿Qué he hecho?, ¿por qué todos son buenos menos yo?, ¿por qué esta mala suerte?”, expresa con cierta elocuencia Dora Muhandó. Ella comprende que estas preguntas “te autodestruyen por dentro y te rebajan la autoestima”, cosa que complica las oportunidades de reinserción y, por ende, de supervivencia.

Asegura que esta sensación de rechazo “solo es posible de comprender cuando se ha sufrido”. Con esa misma sabiduría y valentía, pero inocencia política que la calle le ha otorgado, da por seguro que “si un gobernante intentase echarla de su hogar callejero intentaría hablar con él” porque “los gobernantes tienen que comprender con explicaciones lo que es sentirse rechazada”. Cuando se trata de expulsar a los sintecho de un espacio público, Muhandó argumenta: “Solo conseguirían fomentar el sentimiento de rechazo, las preguntas y rebajar la autoestima de los que duermen en la calle. Además, les estarían quitando el único lugar ‘digno’ en el que pueden sobrevivir”.

La Fundació Arrels corrobora el testimonio de Dora Muhandó y completa la perspectiva de quienes sufren esta situación. Esta organización privada sin ánimo de lucro orienta y atiende a las personas sin hogar que viven en las calles de Barcelona desde 1987. En

cuanto al urbanismo hostil añade, también, testimonios de quienes han sido víctimas directas de este método. Afirma que “además de dificultar su día a día, incrementa el estrés y la ansiedad”. Esta fundación explica que “una persona sin hogar que conocen opina que ‘es desagradable a la vista y al cuerpo ver que ponen pinchos en el lugar donde uno duerme’”. Por otra parte, aseguran que este urbanismo hostil vulnera directamente los derechos: “Vivir en la calle significa tener que encontrar un espacio seguro donde poder resguardarte y sentirte protegido. Cuando estas barreras lo impiden, se están vulnerando muchos derechos de la persona”. Alegan, también, que estos elementos urbanos, al desplazar a las personas, “dificultan la localización de los sintecho por parte de los equipos de calle que les ofrecen un apoyo social”.

Joan Fontanet presenta una situación totalmente opuesta a la de Dora Muhandó. Además, tiene una doble perspectiva: la de geógrafo y propietario. Trabajó en varios estudios para determinar el impacto ambiental de los planes urbanos y alquila tres apartamentos en El Raval, que es una de esas zonas en proceso de transformación.

Por su parte, en términos financieros, la gentrificación le interesa. Es un beneficiado indirecto. Sin embargo, no le cabe duda de que “la planificación urbana debe ir de la mano de ciertas medidas sociales”. Fontanet expone: “Si hay algo que no nos gusta no podemos pensar que los problemas desaparecerán solo al alejar a estas personas de los espacios públicos. El problema no desaparece. Solo los mueve de un lugar a otros lugares de la ciudad”. Además, este geógrafo y arrendador, señala: “Las diferentes clases económicas deberían aprender a compartir el mismo espacio”. Pero viéndolo un imposible, agrega: “Todo esto, ahora, parece ser una utopía”.

El arrendador explica que en el “proceso de la gentrificación no se hace hincapié en las personas sin hogar”. Según Joan Fontanet, esto se debe a los “narcopisos y las mafias”. “Ese es el verdadero problema y no el de aquellos que duermen donde pueden”, expone, pidiendo una solución. Concluye explicando que “el ayuntamiento debe trabajar para aliviar este problema social”, así como “para poner fin a este agresivo urbanismo hostil”.

Consecuencias invisibles

Esta arquitectura defensiva consigue expulsar al sinhogarismo de los puntos de interés inmobiliario. Lejos de solucionar los problemas de algunos colectivos, los agrava y los desplaza a la periferia. Lo hace con la justificación propagandística de que es un objetivo potencialmente beneficioso para la ciudad de Barcelona. Sin embargo, este supuesto beneficio a largo plazo no solucionará el mal presente —muchas veces inapreciable— que puede estar causando, porque, lejos de una realidad compartida, sacrifica los pocos recursos de algunos colectivos para conseguir una estabilidad que no está probada.

El urbanismo hostil consigue que se esté potenciando la desigualdad de oportunidades (por la distancia física entre las familias con un menor poder adquisitivo —en la periferia— y las de uno mayor —en el centro—), así como una educación cívica basada en el no compartir el espacio público con todo el mundo. También propicia el dinamitar el trabajo de inserción de las entidades que trabajan para mejorar la vida de los sintecho, porque es un ataque directo a la autoestima de la gente sin hogar y una vuelta a empezar.

Además, induce a la criminalización de este colectivo a ojos del ciudadano de a pie, porque la conclusión pública es que el beneficio común llega cuando el sinhogarismo desaparece. Y por todo esto, sumado a otros factores, este fenómeno ocasiona el sentimiento de rechazo como el sufrido por Dora Muhando.

Desde algunas organizaciones se tilda de “absolutamente fundamental” que este tipo de problemas ocupen el espacio mediático que se merecen. La salud democrática de una comunidad tiene sus raíces en una opinión pública que es capaz de intervenir en el debate colectivo con fundamentos. Por ello, la invisibilidad de ciertas realidades solo debe quedar oculta a ojos de quien no quiera verlas, y no de quien, a pesar de intentarlo, se vea incapaz.